

(Transcripción no revisada por el autor)

La espiritualidad de la comunión al interior de la Familia de Schoenstatt

Conferencia del P. José Luis Correa Lira

**Jornada Diocesana Familia de Schoenstatt
Montahue, 1 de junio, 2002**

Esquema conferencia

La espiritualidad de la comunión al interior de la Familia de Schoenstatt

- 1. El desafío de la comunión**
- 2. Qué significa “espiritualidad de la comunión”**
- 3. Hacia una espiritualidad de la comunión**
- 4. El mandamiento del amor al prójimo, presupuesto para la comunión**
 - 4.1. Amor al prójimo, amor fraterno**
 - 4.2. El amor nos capacita para unirnos íntimamente al prójimo**
 - 4.3. Las pequeñas virtudes**
 - 4.4. Los atributos del amor al prójimo**
 - 4.5. Orden del amor**
 - 4.6. Los tres créditos del verdadero amor**
 - 4.7. La corrección fraterna**
 - 4.8. El amor al prójimo, los celos, la envidia, el pelambre**
- 5. La Iglesia, misterio, signo e instrumento de unidad**
 - 5.1. La Iglesia, misterio de unidad**
 - 5.2. La Eucaristía, sacramento y fuente de unidad**
 - 5.3. Unidad se funda en la sólida e indivisible caridad**
 - 5.4. Tipo de comunidad que gestaron los apóstoles**
 - 5.5. De la espiritualidad de la comunión a una espiritualidad del compartir para
gestar una cultura de la solidaridad**
 - 5.6. El perdón entre los hermanos es exigencia del amor**
- 6. Comunión de los santos - Solidaridad de destinos**
- 7. La comunión en el contexto de algo propio de la misión de Schoenstatt**
- 8. La comunión, la unidad, como garantía de fecundidad**

La espiritualidad de la comunión al interior de la Familia de Schoenstatt

1. El Desafío de la comunión

La observación de la realidad y de la situación actual y una reflexión sobre ella nos lleva a hacer un diagnóstico y proponer una terapia.

Diagnóstico: Vivimos en un tiempo sin amor, de “desamor”, decía el P. Kentenich.

Conviven, simultáneamente, mucha soledad, aislamiento, individualismo (por ejemplo, los departamentos de “singleton” en las grandes ciudades como München) y una

“Profunda necesidad de encuentro interpersonal” (como reacción a una sociedad anónima y masificadora). (Juan Pablo II, Carta Sacerdotes 2001, Nº 13)

“Los tiempos actuales (son) tiempos en que todo se ha disuelto, en que todos los lazos interiores se han roto”. (P. Kentenich 10.06.30, en: *Desafío Social*, pág 56)

“El mundo está enfermo. Su mal está... en la falta de fraternidad...”, advertía el Papa Paulo VI, en *Populorum Progressio*.

Terapia, solución: *“Una espiritualidad de la comunión”.* (Juan Pablo II)

2. Qué significa “espiritualidad de la comunión

“Significa ante todo una mirada del corazón,... capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por lo tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

*Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios, un “don para mí”... Espiritualidad de la comunión es saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cfr. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias... (Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte* (desde ahora NMI) Nº 43)*

Cada hombre es “guarda de su hermano” (cfr. Gén 4,9). Dios confía el hombre al hombre. (cfr. EV 19).

Al pertenecer uno al otro asumimos una responsabilidad por el otro y no nos desentendemos de su destino, como lo hizo cínicamente Caín (“Yo de mi hermano, no sé”).

Por eso “todos se preocupan los unos de los otros” (1 Cor 12, 25). Nadie sobra ni estorba. A nadie se le excluye. Todos importan. A todos se les integra.

"La sociedad humana..., tiene que ser considerada, ante todo, como una realidad de orden principalmente espiritual: que impulse a los hombres a comunicarse entre sí los más diversos conocimientos;... a disfrutar en común del justo placer de la belleza en todas sus manifestaciones; a sentirse inclinados continuamente a compartir con los demás lo mejor de sí mismos; a asimilar con afán, en provecho propio, los bienes espirituales del prójimo". (Juan XXIII; PT 36)

Se trata de

"... comunicar y compartir bienes (materiales y) espirituales, no por la fuerza sino por amor, para que la abundancia de unos remedie las necesidades de otros (cfr. 2 Co 8, 1-15)". (Catecismo, N° 2833)

Esta comunión consiste en “una relación extraordinaria de interioridad recíproca: él en mí y yo en él”. (Juan Pablo II, 08.11.2000)

3. Hacia una espiritualidad de la comunión

"Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano”. (Juan Pablo II, NMI N° 43)

Por lo mismo hay que resistir a la tentación del “hacer por hacer”, del activismo, buscando “ser” antes que “hacer”. (cfr. Juan Pablo II, op. cit., N° 15)

"Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, “no podemos hacer nada”. (cfr. Jn 15,5)” (Juan Pablo II, op. cit., N° 38)

Si el orden de ser determina el orden de actuar, como decía nuestro Padre fundador, siguiendo el axioma tomista, entonces el desafío es:

- Ser más comunidad.
- Ser mejor comunidad.
- Hacer comunidad.
- Construir la comunidad.
- Contribuir a la comunidad.

Comprendemos y asumimos la tarea de construir por y desde dentro la comunidad como un fin es sí mismo (Cardenal Francisco Javier Errázuriz O.) y no sólo como un medio.

Es “*el gran desafío en el tercer milenio*”, como lo ha presentado el Papa Juan Pablo II. Hacer de la Iglesia (“Comunidad de Comunidades”), la casa y la escuela de la comunión. (cfr. Juan Pablo II, op. cit., N° 43)

El fundamento filosófico radica en la naturaleza del hombre. Recordaba el P. Kentenich, después de la II Guerra Mundial:

“El ser humano está creado de tal manera que sólo puede hallar su plenitud en la entrega a un tú personal. El hombre se plenifica en la entrega a un tú personal”. (Jornada de octubre de 1946, pág. 152)

O, como decía el escritor mexicano, Octavio Paz:

“El yo no es uno. El yo, si tiene realidad, es plural. Cuando digo yo, digo tú”.

El hombre no puede existir solo (Gén. 2, 18); únicamente puede existir solo como “unidad de los dos” y, por consiguiente, en relación con otra persona... Por lo tanto, ser persona implica existir en relación con el otro yo. (cfr. Juan Pablo II, MD, 7)

Esa reciprocidad del hombre y la mujer “puede representar un paradigma de la dimensión comunitaria que caracteriza la totalidad de la naturaleza del hombre”, como afirma H. U. von Balthasar en su *Theo-Drama*. (vol. 2, 365)

El paradigma de la actualidad se llama justamente pertenencia. El hombre se realiza en la comunión en cuanto relación. (cfr. Juan Pablo P II, MD, 7)

El fundador de Schoenstatt acostumbraba definir *la esencia de la comunidad* como un estar el “uno en el otro, con el otro y para el otro”, es el “eterno habitar del uno en el otro propio del amor”. (*Plática 31 de mayo de 1949, N° 38*)

“Comunidad es crecer juntos y crear lazos entre las personas (...) El hombre comunitario toma en cuenta ambas cosas: la individualidad de la personalidad y el instinto social. Ambas se equilibran con armonía de manera perfecta en el hombre comunitario. Vemos su imagen ideal en el seno de la Santísima Trinidad. Allí tenemos a las tres personas como personalidades pronunciadas y, sin embargo, la comunidad es muy íntima: es una sola Divinidad. La verdadera comunidad supone, pues, que las personas estén entrelazadas. (P. Kentenich, 10.06.30, en: *Desafío Social*, pág. 59)

A diferencia con el “hombre social” que está exteriormente uno junto a otros, pero no hay lazos entre ellos. (op. cit. Pág 60)

El evangelio de san Juan describe más precisamente esta comunión como una relación extraordinaria de “interioridad recíproca”: “él en mí y yo en él”...

Esta comunión -*Koivovía*, de tipo “vertical” porque se une al misterio divino, engendra, al mismo tiempo, una comunión- *Koivovía*, que podríamos llamar “horizontal”, o sea, eclesial, fraterna, capaz de unir con un vínculo de amor a todos los que participan en la misma mesa. “Porque el pan es uno -nos recuerda san Pablo-, somos un solo cuerpo, aún siendo muchos, pues todos participamos de ese único pan” (1 Cor 10, 17). El discurso de la Eucaristía anticipa la gran reflexión eclesial que el Apóstol desarrollará en el capítulo 12 de esa misma carta, cuando hablará del cuerpo de Cristo en su unidad y multiplicidad. También la célebre descripción de la Iglesia de Jerusalén que hace san Lucas en los Hechos de los Apóstoles delinea esta unidad fraterna o *koivovía*, relacionándola con la fracción del pan, es

decir, con la celebración eucarística (cf. Hch 2, 42). Es una comunión que se realiza de forma concreta en la historia: “Perseveraban en oír la enseñanza de los Apóstoles y en la comunión fraterna (*Koivovía*), en la fracción del pan y en la oración (...). Todos los que creían vivían unidos, teniendo todos sus bienes en común”. (Hch 2, 42-44)

Por eso reniegan del significado profundo de la Eucaristía quienes la celebran sin tener en cuenta las exigencias de la caridad y de la comunión. San Pablo es severo con los Corintios porque su asamblea “no es comer la cena del Señor” (1 Cor 11,20), a causa de las divisiones, las injusticias, los egoísmos. En ese caso la Eucaristía ya no es ágape, es decir, expresión y fuente de amor. Y quien participa indignamente, sin hacer que desemboque en la caridad fraterna, “come y bebe su propia condenación”. (1 Cor 11, 29) . (Juan Pablo II, Audiencia General, del 8.11.2000).

Un cuento de Attar de Neishapur:

Historia, ¿soy tú?

El amante llamó a la puerta de su amada.

“¿Quién es”, preguntó la amada, desde dentro.

“Soy yo”, dijo el amante.

“Entonces márchate. En esta casa no cabemos tú y yo”.

El rechazado amante se fue al desierto, donde estuvo meditando durante meses, considerando las palabras de la amada. Por fin regresó y volvió a llamar a la puerta.

“¿Quién es?”

“Soy tú”

Y la puerta se abrió inmediatamente.

Sólo en y a partir de la profunda unión e identificación con los demás que integran mi comunidad, cada uno puede estar no sólo junto al otro con el otro, sino que definitivamente para el otro (cfr. 1 Pe 4, 10 “que cada uno se ponga al servicio de los demás”). Hay que “servirse unos a otros por amor” (cfr. Gal 5, 13) porque el fruto del amor es el servicio, como dice Teresa de Calcuta. Es ponerse a disposición del otro. Preguntarle ¿en qué te puedo ayudar, servir? Pues el amor al prójimo es hacerle el bien sin esperar nada a cambio. Es buscar primero el bien del otro.

Aplicando el esquema del Papa Juan Pablo II (cfr. *Carta a las Mujeres*, N° 8) de la “unidualidad relacional” en que se encuentran varón y mujer, podemos decir que en la comunidad todos tienen:

1. Igual dignidad, por el hecho de ser todos creados como hijos de Dios a su imagen y semejanza (cfr. Gen 1, 26);
2. La modalidad, la forma, es sin embargo distinta (corporal y psicológicamente); y
3. Todos tienden a la mutua complementariedad (según el principio de la compañía y ayuda recíproca).

"La pareja hombre-mujer se manifiesta como expresión del principio ontológico de la unidad dual, de acuerdo con el cual la unidad siempre se presenta en una realidad contingente dentro de una polaridad intrínseca. Esto también es válido para el individuo y la comunidad" (Angelo Scola: *La dignidad y misión de la mujer*. Bases Ontológicas y teológicas, en revista *Humanitas* N° 26, pág 199)

Esta pretendida unidad no es uniformidad, sino "integración orgánica de las legítimas diversidades" (como lo ha dicho Juan Pablo II, cfr. , NMI, N° 46). "El rostro pluriforme de la Iglesia" hace justamente su belleza. (op. cit., N° 40)

O con palabras del Padre Kentenich:

"Siempre allí reinen amor,
verdad y justicia,
y esa unión que no masifica,
que no conduce al espíritu de esclavo". (HP 496)

Ya San Agustín motivaba a buscar, expresar y asegurar la unidad en su famosa formulación: en lo esencial, la unidad ("todos somos hermanos" cfr. Mt 23, 8), en lo opinable, la libertad y en todo, la caridad.

Trilogía que comenta y amplía el Papa en su encíclica de inicio del tercer milenio, diciendo:

"Los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el entramado de la vida de cada Iglesia. En efecto, la teología y la espiritualidad de la comunión aconsejan una escucha recíproca y eficaz entre Pastores y fieles, manteniéndolos por un lado *unidos a priori en todo lo que es esencial* y, por otro, impulsándolos a *confluir normalmente incluso en lo opinable hacia opciones ponderadas y compartidas*". (Juan Pablo II, NMI N° 45), procurando tener todos un mismo pensar y un mismo sentir, como recomienda San Pedro (cfr. 1 Pe 3,8)."

O como decía el Papa Paulo VI en los años 70:

"En esta *comprensión y amistad mutuas*, en esta comunión sagrada deben igualmente comenzar a *actuar a una* para edificar el porvenir de la humanidad".

Por eso,

"sugerimos también la búsqueda de medios concretos y prácticos de organización y cooperación, para poner en común los recursos disponibles y realizar así una verdadera comunión (...)

La *solidaridad mundial*, cada día más eficiente, debe permitir a todos los pueblos el llegar a ser, por sí mismos, artífices de su destino. El pasado ha sido marcado demasiado frecuentemente *por las relaciones de fuerzas* entre las naciones: *vendrá ya el día en que las relaciones internacionales lleven el cuño del mutuo respeto y de la amistad, de la interdependencia en la colaboración y de la promoción comunes bajo la responsabilidad de cada uno (...)* (*Populorum Progressio*)

4. El mandamiento del amor al prójimo como presupuesto para la comunión

"El motivo más profundo para amarnos unos a otros: la vida divina (que hay) en nosotros; no la simpatía puramente natural (...)

Por eso nos debería resultar fácil amarnos unos a otros" y porque amamos en el prójimo al hijo de Dios. (P. Kentenich, *Soy el Fuego de Dios*, págs. 67 y 68)

La ley fundamental de la perfección humana y, por lo tanto, la transformación del mundo, es el mandamiento del amor, enseña la Iglesia.

Amor es el *vínculo de la perfección* (cfr. Col 3,14), pues no hay nada más perfecto que el amor. (cfr. 1 Cor 13)

Entendiendo por *vínculo* un lazo de amor que se genera libremente y permanece estable. Lazo de amor cálido, personal, libre y permanente. Vínculo está relacionado con un eslabón, que uno con otro forman una cadena.

4.1. Amor al prójimo, amor fraterno

Está motivado por el imperativo joánico: ¡ámense unos a otros! (Jn 13, 31-35; cfr. Jn 15, 12-17) y por la doctrina práctica de San Pablo. Amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios (1 Jn 4, 7).

En cuanto a caridad fraterna, "ámense entrañablemente unos a otros".

En cuanto a la mutua estima, "tengan por más dignos a los demás". (Rom 12, 10)

El Mandamiento Nuevo viene, sin embargo del Antiguo Testamento: "amarás a tu prójimo como a ti mismo". (Lev 19, 18)

¿Qué es lo *novedoso* entonces? El *estilo y la modalidad de Jesús*: "como" Jesús. "Este es el mandamiento mío: que se amen unos a otros *como yo los he amado*" (Jn 5,12). "Que habiendo amado a los suyos... los amó hasta el extremo" (Jn 13,1).

¿Cuándo y cómo el amor es verdaderamente el "*vínculo de la perfección*"? (Col 3, 14)

La respuesta la tomamos del P. Kentenich:

El amor "es *vínculo de perfección* en la medida que *constituye un fundamento nuevo*, vale decir, que ofrece un cimiento nuevo y firme para las relaciones mutuas". (P. Kentenich 1930, en *Soy el Fuego de Dios*, pág. 66s)

4.2. El amor nos capacita para unirnos íntimamente con el prójimo

Gracias al Espíritu Santo, vínculo de amor eterno del Padre (Dios) y el Hijo (Jesucristo) se aumenta en nosotros el amor (op. cit., pág. 63).

"Al Espíritu Santo le agradecemos el vínculo de la unidad" (*Envía tu Espíritu*, pág. 82).

Fue la experiencia de los apóstoles en el Cenáculo: estaban reunidos (unanimiter), cuando se llenaron del Espíritu Santo.

"Cuando sopla el Espíritu, nuestra actitud respecto de la falta del hermano será en primer lugar compadecernos y compartir su dolor. Luego nos preocuparemos de corregir y superar esas faltas; pero sin gestos ni palabras soberbias". (*Envía tu Espíritu*, pág. 70).

- ***Amor que acoge:***

Al hablar de la "comunidad espiritual", el P. Kentenich dice que consiste en *ser acogidos* por los demás y *ofrecer* asimismo, *acogimiento* a nuestro prójimo (*Soy el Fuego de Dios*, pág. 59). Queremos sentirnos acogidos profundamente en el corazón de la comunidad", añadía el Padre fundador. Está relacionado con la 1ª gracia del Santuario de Schoenstatt.

Por ello

"tengo derecho a llevarlos (a los de mi comunidad) en mi *corazón* y a *establecer mi tienda en el suyo*". (P. Kentenich, *Hacia el Padre*, 576).

"Yo lo cobijo, lo acojo, tal como es" (cfr. también en el Antiguo Testamento, el Cantar de los Cantares 8,6)

- ***Amor que soporta:*** "alegrarse con las costumbres, particularidades y "mañas" del otro".

- ***Amor que enaltece:*** leemos y meditamos igualmente de nuestro Fundador:

"¿Conoces aquella tierra cálida y familiar...
donde corazones nobles laten en la intimidad
y con alegres sacrificios se sobrellevan;
...cobijándose unos a otros?" (HP, 600)

4.3. Pequeñas virtudes

A esto agreguemos lo que el P. Kntenich dice sobre las así llamadas "pequeñas virtudes"

"En las *pequeñas virtudes* subyace una tremenda fuerza espiritual" *Son virtudes comunitarias, seguras y razonables*" (*Envía tu Espíritu*, pág. 70)

"La humildad, la paciencia, el amor, la bondad, el saber aguantar las flaquezas del prójimo, la deferencia, la dulzura de corazón, la servicialidad, la cordialidad, la compasión, la indulgencia con las faltas de atención, la sencillez, la sinceridad y otras virtudes por el estilo... Estas virtudes, a pesar de ser poco llamativas, esparcen el más suave aroma". (cfr. *Santidad de la Vida Diaria*, pág. 264s).

Esto hay que leerlo en el contexto y como una forma de aterrizar más las características del amor, así como san Pablo lo propone en el “Himno a la Caridad” en la carta a los Corintios (cfr. 1 Cor 13). “No amamos de palabra, ni de boca, sino con obras de verdad” (1 Jn 3, 18)

Transcribimos aquí una hermosa meditación del P. Kentenich sobre el amor heroico al prójimo:

"Héroe del amor al prójimo

Este héroe del amor al prójimo tiene un *corazón profundamente bondadoso*. Una cosa es decir aquí o allá un par de palabras bondadosas o forzarse por hacer un acto de bondad, y otra cosa es tener un corazón profundamente bondadoso. ¡Amarás a tu prójimo con todo tu corazón!

Pero no sólo tiene un corazón profundamente bondadoso, también tiene *ojos profundamente bondadosos*. ¡Ah!, hemos visto muchos ojos en nuestra vida: amarillos de envidia, fríos, que al mirarlos lo hacen a uno estremecerse hasta la punta de los dedos. El pequeño o gran héroe del amor al prójimo debe poseer ojos profundamente bondadosos.

Labios profundamente bondadosos. No labios apretados en los cuales uno siempre ve que, en cualquier instante, estalla la bomba. ¡Labios profundamente bondadosos! Lo que hablo, lo que dice la boca, debe ser expresión de un corazón profundamente bondadoso; debe reflejarse en ojos profundamente bondadosos. Sí, labios profundamente bondadosos son especialmente labios que expresan sencilla gratitud. Es una gran tragedia cómo vivimos los hombres de hoy. Una vez leí una frase que decía: “Cada uno, por desconocido que sea, realiza tanto bien en su vida que es digno de que se le levante un monumento después de su muerte”. Es cierto también que no podríamos ni siquiera vivir sin el amor de los otros, sin *los actos de amor de los otros*. Pero, ¡lo tomamos todo como tan evidente! *Lo que es menos bueno, eso lo retenemos en la memoria*; el corazón lastimado, el corazón herido, ése está siempre, de alguna manera, presente a nuestros ojos o en nuestros labios.

Sí, el pequeño héroe del amor al prójimo tiene también *manos profundamente bondadosas*. Manos que se unen en oración por todos, sin excepción. Manos que están colmadas de misericordia, de las obras de misericordia, de las obras de misericordia espirituales y corporales, colmadas y atiborradas hasta los bordes”. (P. Kentenich, *El Verdadero Amor*, pág. 65s)

Para poseer un amor que acoge hay que tener entonces:

- corazón bondadoso
- ojos bondadosos
- labios bondadosos
- manos bondadosas

4.4. Los atributos del amor al prójimo

Incluimos aquí un texto del P. Kentenich del 7 de julio de 1963:

“¿Cuáles son los seis atributos del amor al prójimo? Tal vez los tengamos aún en la memoria.

1. Debemos *vivir unánimes*, es decir, *la paz debe reinar entre nosotros*; en nuestra vida en común debemos perseguir una única y misma meta, sea que se trate de la familia natural o de otro tipo de comunidad. En este contexto conocemos la expresión que dice: *la concordia alimenta, la discordia consume; la concordia edifica la discordia destruye; la concordia fortalece, la discordia debilita*.

Sabemos de qué manera se esmeró aquel simple campesino en grabar profundamente en sus siete hijos esta verdad: les regaló siete juncos unidos en una sola gavilla, indicándoles que debían separarlos. Cada uno debía tomar uno de los juncos. Dicho y hecho. Debían arrancarlos, despedazarlos. Y cada uno de ellos pudo hacerlo en un solo movimiento. A continuación, el campesino les hizo unir *nuevamente* los siete juncos, indicándoles que procuraran hacerlo *con un solo movimiento*. No fue posible. De allí la conclusión: si nos mantenemos unánimes, constituimos una potencia, pero si caemos en la discordia, ¿entonces qué?

¿Con cuánta frecuencia hemos experimentado en nuestra vida cotidiana, en nuestra vida familiar lo que aquí se nos sugiere! Nosotros, los padres de familia, solemos pensar en el pasado comparándolo con el presente: cómo eran las cosas antes, en casa, allende el mar, y cómo son las cosas ahora. Debemos *mantenernos unánimes: tener un solo ánimo*, un solo espíritu, una sola paz.

2. Debemos tener *compasión* unos con otros: he aquí la segunda característica positiva. Tener compasión.

El amor es una fuerza que une y asemeja. Si un miembro sufre, debe ser evidente, entonces, que el amor impulse a los otros miembros a compartir ese dolor (cfr. 1 Co 12, 26). También aquí conocemos una expresión simple, sencilla, popular: ¡Dolor compartido es la mitad del dolor, alegría compartida es el doble de alegría!

De inmediato se nos plantea la pregunta práctica: ¿cómo son las cosas en nuestra vida familiar, en nuestro lugar de trabajo? ¿Es realmente la ley cristiana, la ley fundamental del amor la que nos une?

3. Tercera característica: debemos *mantenernos unidos como hermanos y hermanas*. La razón nos resulta muy comprensible: como nos demuestra el cristianismo, todos somos hermanos y hermanas, hijos del mismo Padre (véase Mt 5, 45). Por eso es evidente que, en cuanto somos hijos del mismo Padre, debemos ser hermanos y hermanas entre nosotros y expresar esta *actitud de hermandad en la vida cotidiana*.

4. Cuarta característica: *ser misericordiosos*. Debemos ser misericordiosos unos con otros, ya por el solo hecho de que el Padre del cielo derrama sin fin sobre nosotros la abundancia de su amor misericordioso. Por ello: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. (Mt 5, 7)

5. Debemos ser *modestos y humildes* en la relación recíproca. Modestos: conocemos nuestros límites.

6. *Humildes*: sabemos cuán difícil nos resulta regalar siempre el corazón al prójimo. Por esa razón, *modestos y humildes*.

Estas son las seis características que nos sugiere el amor al prójimo, según la enseñanza de san Pedro. (*El Verdadero Amor*, pág. 78-81).

4.5. Orden del amor

En el amor al prójimo existe una jerarquía del amor:

“A los que me están más cerca puedo amarlos en mayor medida. (...) Se puede querer a algunas personas de manera especial, por ej.: por un sentimiento de gratitud; por simpatía natural”, etc. (P. Kentenich, en: op. cit., pág. 46).

4.6. Los tres créditos del verdadero amor

Así los llamaba el P. Kentenich en una homilía de junio de 1963. Significa tener:

1. Juicio benevolente, respeto a las debilidades. Las debilidades, imperfecciones del(os) otro(s) no me perturban en lo esencial.
2. Fe y confianza incommovible en el otro. Creer en lo bueno del otro.
3. Aunque se ven las debilidades del otro, el amor verdadero da valor para ayudarlo a superar esas debilidades. También, a veces hay que “extender un velo protector sobre las debilidades de mis semejantes” (P. Kentenich, *El Verdadero Amor*, pág. 50) y sobre las imperfecciones de la comunidad. Con el P. Kentenich rezamos:

Sus arrugas,
faltas y debilidades
nunca destruirán mi respeto por ella;
no permitiré jamás
que sus limitaciones humanas
me aparten
del gran amor que le profeso.

Lo que hacia afuera
no pueda aumentar su honra,
siempre me guardaré de publicarlo;
sobre ello extiendo
un manto de silencio
y lo expío
con una vida de santidad”. (HP, 583 y 584)

Esto exige, ciertamente, una gran disponibilidad al sacrificio.

“Un amor solamente afectuoso puede ser vano. Dios exige un amor activo, dispuesto al sacrificio”. (P. Kentenich, op. cit., pág. 20)

4.7. La corrección fraterna

Ciertamente que hay que corregir al que yerra (es una obra de misericordia espiritual) “corrige a tu prójimo, para que no cargues con pecado por su causa”, sentencia el tercer libro del Pentateuco, Levítico, en el capítulo 19, versículo 17. Pero hay que hacerlo al estilo de Jesús: “Si tu hermano peca, repréndele” (Lc 17, 3) (cfr. Mt 18, 15-17), pero revisándose siempre uno a sí mismo primero; pues “con el juicio con que juzguen serán juzgados” (cfr. , Mt 7, 1s).

¿Cómo practicarla?

Aquí copiamos de la revista española *Palabra*, N° 433, las “Diez Reglas para Corregir”:

1. Corregir con sosiego y acierto es una asignatura difícilísima que hay que esforzarse por cursar con sobresaliente. De lo contrario, podemos privar al otro de algo que debemos en justicia: no permitirle que permanezca en el mal o en el error.

2. *Atreverse a corregir.* Cuesta trabajo hacerlo, pero es un deber de lealtad; sin duda, es mucho más fácil pasarse el día rumiando el pesar que nos produce su actuación o contándoselo a los más íntimos, con aire más o menos jocoso o dramático. Es evidente que con esa continua queja reprimida no hemos adelantado nada. Es posible que el otro no haya caído en la cuenta del defecto, aunque nosotros lo veamos con una claridad meridiana.

3. *Corregir siempre en privado.* Aprovechar una reunión familiar o de amigos para sacar a relucir los defectos es una falta de cariño y consideración con el otro y, desde luego, la mejor forma de que la corrección no tenga ninguna eficacia (...)

4. *No hacer comparaciones (...)*

5. *Hablar de los hechos, no de las intenciones.* Juzgar la intención es siempre una injusticia y, en la mayoría de las veces, un grave error. No conocemos los íntimos motivos que mueven a una persona ni podemos entrar en ellos. El otro no sólo tiene derecho al beneficio de la duda, sino que, al ser una persona querida, hay que partir siempre de su buena intención.

6. *Huir de las palabras “siempre” y “nunca”.* Utilizar las descalificaciones generales supone una exageración tan manifiesta que pierde fuerza cualquier argumento. (...)

7. *Corregir una sola cosa.* Cuando intentamos hacer ver el conjunto de cosas que nos han parecido equivocadas durante los últimos meses, es fácil que entremos en una discusión inacabable, pues a nadie la apetece que le recuerden una catarata de aspectos negativos. Hay que aprender el arte de “no ver”, y el de no acumular.

8. *No corregir constantemente.* Nadie cambia de la noche a la mañana, ni sabemos cuántas veces ha corregido su actitud y no lo hemos percibido.

9. *Encontrar la oportunidad.* En buscar el momento adecuado reside más del noventa por ciento del éxito. Nunca debemos corregir cuando estamos bajo los efectos del dolor que nos ha producido la supuesta falta, y mucho menos cuando hayamos perdido los nervios (...)

10. *Sólo corregir los hechos.* Es una grave injusticia basar nuestra corrección en sospechas o rumores. (...)

11. *Ponerse en las circunstancias del otro.*

4.8. El amor al prójimo, los celos, la envidia y el pelambre

El amor al prójimo ayuda a evitar celos, envidias y “pelambre” (“deporte nacional” en el que somos “campeones del mundo”).

- ***El Pelambre:***

El P. Kentenich cita una costumbre de san Agustín:

“*Agustín* tenía la gran idea, el gran objetivo de representar con éstos, sus amigos, una estrecha comunidad, una isla; una isla solitaria de santos, una isla de paz, de amor recíproco y de alegría. Por eso, junto a la mesa había un letrado con la siguiente inscripción: aquél que guste y acostumbre herir, rebajar y arrastrar hacia abajo a su prójimo con las palabras, grábese profundo en su interior: aquí, en mi casa y en mi mesa, no hay lugar para él”.

Es algo humano: donde conviven muchos hombres, en particular en la mesa, se da a menudo esa costumbre. ¿De qué se habla? ¡El escarabajo en su trabajo, y no la abeja!

En cierta oportunidad, uno de los amigos de san Agustín había olvidado los versos del letrado junto a la mesa y había osado enlodar el honor de un cohermano ausente. El bondadoso Agustín se levantó de inmediato y, estricto, lo amonestó: “o bien estoy obligado a retirar la inscripción o a retirarme yo mismo de la mesa”. Agustín, el gran espíritu del cristianismo primitivo, a semejanza del Señor, estaba siempre pendiente de observar con firmeza las leyes fundamentales, sobre todo la ley fundamental del amor” (*El Verdadero Amor*, pág. 52).

- ***La Envidia***

¿Qué es la envidia?

Es un desorden, una degeneración del instinto natural de emular o imitar los méritos ajenos. El envidioso ve con malos ojos el bien del prójimo, porque le parece estorbo a su propia gloria y engrandecimiento.

El envidioso no es infeliz por sus propios males, sino por los bienes ajenos. Por el contrario, no cuenta por felicidad su propio bien, sino el ajeno mal. (San Gregorio de Niza).

Manifiesta la tristeza experimentada ante el bien del prójimo y el deseo desordenado de poseerlo, aunque sea en forma indebida. Cuando desea al prójimo un mal grave es un pecado mortal. (Catecismo N° 2539).

- ***¿Cómo se origina la envidia?***

La envidia procede con frecuencia del orgullo (Catecismo N° 2540). La envidia, según San Agustín, es el “pecado diabólico por excelencia”

Es un “*pecado capital*”, según San Juan Casiano y Gregorio Magno.

Se llaman “*capitales porque generan otros pecados, otros vicios*.” (cfr. Catecismo N° 1866)

- De la envidia nacen:

el odio,
la maledicencia (“chismes”, “pelambres”),
la calumnia,
la alegría causada por el mal del prójimo,
y la tristeza causada por su prosperidad. (San Gregorio Magno, en Catecismo N° 2539)

La envidia puede conducir a las peores fechorías

Basta recordar la historia de Caín y Abel (cfr. Gen 4, 3-7)

“Luchamos entre nosotros, y es la envidia la que nos arma a unos contra otros... Nos declaramos miembros de un mismo organismo y nos devoramos como lo harían las fieras” (San Juan Crisóstomo, cf. Catecismo N° 2538)

A veces se aplica la sentencia latina: “*Homo homini lupus*” (el hombre es para el propio hombre un lobo).

La muerte entró en el mundo por la envidia del Diablo (cfr. Catecismo N° 2538)

La envidia es una de las “*obras de la carne*” (cfr. Gal 5, 19-21; ver también Rm 1, 29-30) en oposición a los frutos del Espíritu (Gal. 5, 22-23). Quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios (cfr. 1 Cor 6, 10)

El P. Kentenich, en una de sus homilías dominicales, en Milwaukee, se detiene en graficar la envidia de la siguiente forma:

“Hay una expresión tremendamente fuerte que usa la Sagrada Escritura para caracterizar la envidia: “¡La envidia es *caries de los huesos!*” (Prov. 14, 30). Es difícil poder decirlo en forma más descriptiva. Caries de los huesos: los huesos son carcomidos, pedazo a pedazo. No queda nada del esqueleto que da forma al hombre. Caries de los huesos es claro que aquí significa caries del alma. ¿Qué es carcomido? Una dura expresión en palabras de la Sagrada Escritura: toda clase de amor, todo afecto amoroso, más aún, todo afecto noble que todavía pueda haber en el hombre. Cuando se empieza a abrir la puerta y el portón a la envidia, todo es carcomido en el hombre. Caricatura de hombre, caricatura de mujer, caricatura de cristiano.

Podemos considerar otras imágenes. Puede que no sean tan fuertes ni tan claras. El envidioso, ¿cómo es? “Como un perro que está tan rabioso que constantemente se muerde la cola”. (*El Verdadero Amor*, pág. 70s)

- *¿Cómo se evita o se supera la envidia?*

La lucha contra la envidia es: mediante la benevolencia. (Catecismo N° 2540)

Desechando la mentira (cfr. Ef 4, 25) deben rechazar toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias y toda clase de maledicencias (= “chismes”), (cfr. 1 P 2, 1)

El 10º mandamiento exige que se destierre del corazón humano la envidia (Catecismo N° 2538).

Porque la envidia representa *una de las formas de la tristeza*, es un rechazo a la caridad, al amor (cfr. Catecismo N° 2540).

¡El amor no tiene envidia! (sancionaba san Pablo, en: 1 Cor 13, 4)

• *Celos:*

Nacen de la envidia y están empujados por el afán de igualarse con otros. Obedecen a la preocupación egoísta de tener que sufrir daño en bienes, privilegios o libertades por los bienes que se conceden a otros.

Son un signo de inseguridad personal.

Del *Catecismo de la Iglesia Católica*, leemos los siguientes números:

2477. El respeto de la reputación de las personas prohíbe toda actitud y toda palabra susceptibles de causarles un daño injusto (cfr. CIC can. 220). Se hace culpable:

- de *maledicencia* el que, sin razón objetivamente válida, manifiesta los defectos y las faltas de otros a personas que lo ignoran (cfr. Si 21, 28);
- de *calumnia* el que, mediante palabras contrarias a la verdad, daña la reputación de otros y da ocasión a juicios falsos respecto a ellos.

2479. La maledicencia y la calumnia destruyen la reputación y el honor del prójimo. Ahora bien, el honor es el testimonio oficial dado a la dignidad humana y cada uno posee un derecho natural al honor de su nombre, a su reputación y a su respeto. Así, la maledicencia y la calumnia lesionan las virtudes de la justicia y de la caridad.

2482. "La mentira consiste en decir falsedad con intención de engañar" (San Agustín, mend. 4, 5). El Señor denuncia en la mentira una obra diabólica: "Vuestro Padre es el diablo... porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale desde dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira" (Jn 8, 44).

2485. La intención deliberada de inducir al prójimo a error mediante palabras contrarias a la verdad constituye una falta contra la justicia y la caridad. La culpabilidad es mayor cuando la intención de engañar corre el riesgo de tener consecuencias funestas para los que son desviados de la verdad.

La mentira, por ser una violación de la virtud de la veracidad, es una verdadera violencia hecha a los demás. Atenta contra ellos en su capacidad de conocer, que es la condición de todo juicio y de toda decisión. Contiene en germen la división de los espíritus y todos los males que ésta suscita. La mentira es funesta para toda la sociedad: socava la confianza entre los hombres y rompe el tejido de las relaciones sociales.

- ***Frente a los chismes y al pelambre:***

Recordemos la anécdota ocurrida al filósofo griego Sócrates.

Lo que me quieres contar debe pasar por “*los 3 coladores*”

Primer colador: el de la *verdad* (¿comprobaste si es verídico, auténtico lo que me vas a decir?)

Segundo colador: el del *bien* (la *bondad*) (¿comprobaste si lo que me vas a decir es bueno?)

Tercer colador: el de la *necesidad* (¿Es necesario que me cuentes lo que vienes a decirme?. Si no estás seguro de su verdad y si estas seguro de su falta de bondad).

Vale entonces aquí la sentencia de San Pablo: “No salga de tu boca palabra desedificante, sino sólo aquella que edifica”. (Ef 4, 29) Desaparezca de entre ustedes toda maledicencia (cfr. Ef 4, 31)

Ya lo decía el Antiguo Testamento: “Guárdense de murmuraciones inútiles, preserven su lengua de la maledicencia” (Sb 1), y lo recoge el Nuevo: “No hablar mal unos de otros, hermanos. El que habla mal de un hermano o juzga a un hermano ... no cumple la ley ...” Tú, ¿quién eres para juzgar al prójimo? (St 4, 11-13)

5. La Iglesia, misterio, signo e instrumento de unidad

Hay una “*lógica de comunión*” que caracteriza a la Iglesia. (Juan Pablo II, Carta a Sacerdotes, Jueves Santo. 2001, N° 14).

“La comunión (*Koinonía*), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf. Rm 5,5), para hacer de todos nosotros “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32). Realizando esta comunión de amor, *la Iglesia se manifiesta como “sacramento”, o sea, “signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano”*. (Juan Pablo II, NMI N° 42)

5.1. La Iglesia como Misterio de unidad.

“Creo en la Iglesia que es una”: Esto que manifestamos en la profesión de fe tiene *su fundamento último en Cristo, en el cual la Iglesia no está dividida* (1 Co 1,11-13). Como Cuerpo suyo, en la *unidad obtenida por los dones del Espíritu, es indivisible*. La realidad de la división se produce en el ámbito de la historia, en las relaciones

entre los hijos de la Iglesia, como consecuencia de la fragilidad humana para acoger el don que fluye continuamente del Cristo-Cabeza en el Cuerpo místico.

La oración de Jesús en el cenáculo -“como tu, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también *sean uno* en nosotros” (Jn 17,21)- es a la vez *revelación e invocación*. Nos revela la unidad de Cristo con el Padre como el lugar de donde nace la unidad de la Iglesia y como don perenne que, en él, residirá misteriosamente hasta el fin de los tiempos. Esta unidad que se realiza concretamente en la Iglesia Católica, a pesar de los límites propios de lo humano, emerge de manera diversa en tantos elementos de santificación y de verdad que existen dentro de las otras Iglesias y comunidades eclesiales; dichos elementos, en cuanto dones propios de la Iglesia de Cristo, les empujan sin cesar hacia la unidad plena”.

La oración de Cristo nos recuerda que este don ha de ser acogido y desarrollado de manera cada vez más profunda. La invocación “*ut unum sint*” es, a la vez, *imperativo que nos obliga, fuerza que nos sostiene y saludable reproche por nuestra desidia y estrechez de corazón* (Juan Pablo II, op. cit. N° 48).

5.2. La Eucaristía, sacramento y fuente de la unidad eclesial

Eucaristía “es el *lugar privilegiado* donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente.

Precisamente a través de la participación eucarística... la Iglesia puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad” (Juan Pablo II, op. cit. N° 36).

5.3. La unidad se funda en la sólida e indivisible caridad.

De san Cipriano, Obispo de Cartago, leemos:

“Dado que el Señor, cuando llama cuerpo suyo al pan compuesto por la unión de muchos granos de trigo, indica nuestro pueblo reunido, que él sustenta; y cuando llama sangre suya al vino exprimido de muchos racimos y granos de uva reunidos, indica del mismo modo a nuestra comunidad compuesta por una multitud unida. (Ep ad Magnum).

“La edificación espiritual del cuerpo de Cristo que se realiza mediante la caridad... nunca es pedida con más gratuidad que cuando el mismo cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, ofrece el cuerpo y la sangre de Cristo (...) El pan que partimos es la comunión del cuerpo del Señor. Y, puesto que es un solo pan, somos todos un solo cuerpo”.

Y por esto pedimos que la misma gracia que ha hecho que la Iglesia fuera el cuerpo de Cristo, haga también que todos los miembros vinculados por la caridad, perseveren en la unidad del cuerpo; porque la santa unidad, igualdad y caridad que posee por naturaleza la Trinidad... santifica a los hijos de adopción con el *don de la unanimidad*... (Juan Pablo II, homilía del 8.12.2000).

El Apóstol Pablo estima que ha de ser *conservada con toda solicitud esta unidad* espiritual *con el vínculo de la paz*, como dice en su carta a los Efesios: "esforzaos por mantener la unidad del Espíritu, con el vínculo de la paz.

“El ejercicio de la paternidad es imprescindible para construir la paz” (GS 78)

La *comunidad* de los creyentes llega a ser “*sacramento de la presencia de Jesucristo*”, signo expresión y garantía de ésta, corresponde a la promesa del Señor: “donde dos o más se reúnan en mi nombre... (cfr. Mt 18,20).

La *comunidad posibilita la presencia de Cristo*: cuando y donde los discípulos se encontraban, donde estaban reunidos ahí, “llega Jesús”, se aparece, y “se pone en medio de ellos” y la asegura.

Las apariciones de Jesús Resucitado ocurren en dos “domingos” consecutivos (“al amanecer del primer día de la semana” y “ocho días después”) en medio de la asamblea: donde “los discípulos se encontraban” (cfr. Jn 20, 19).

Es decir, las experiencias de las “apariciones de Jesús Resucitado a los apóstoles” se dan siempre en la comunidad.

5.4. Tipo de comunidad que gestaron los apóstoles

Los apóstoles gestaron una comunidad:

- *De corazones*: “íntimamente unidos” (complemento más adelante en Hch: “tenían un solo corazón” (Hch 4,32)
- *De oración*: “se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones”
- *De bienes materiales*: “ponían lo suyo en común” (Hch 4,32: “todo era en común entre ellos”)
- *De vida*: “se mantenían unidos”

5.5. De la “espiritualidad de la comunión” a una “espiritualidad del compartir”, para crear una cultura de la solidaridad.

Como los primeros cristianos:

“Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común. Vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno” (Hch 2, 44s)

“A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu (diversidad de dones y carismas) *para provecho común*” . (1 Co 12,7)

En eso reconocerán que son mis discípulos; decía Jesús, en el amor que se tienen (Jn 13, 35). ¡Miren como se aman!, se decía de los primeros cristianos. Y porque se aman de verdad, se perdonan siempre, todo y a todos (no sólo “7 veces”; cfr. Lc 17, 4).

5.6. El perdón entre hermanos, exigencia del amor (cfr. 1 Cor 13)

El perdón entre hermanos es exigencia del amor (cfr. 1 Cor 13) y de la imitación de Cristo, que no vino a condenar, sino a perdonar; pidió vicariamente el perdón a Dios por otros: “Padre, perdónalos ya que no saben lo que hacen”. (en la Cruz)

Como dice san Pablo en su carta a los Colosenses: “*sopórtense y perdónense* unos a otros, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor los ha perdonado; hagan ustedes lo mismo” (Col. 3, 13). Y en su carta a los Efesios añade la bondad como necesaria para un mayor efecto de esta reconciliación fraterna: “perdónense mutuamente y sean buenos unos con otros”. (cfr. Ef 4, 32)

En la respuesta a cuántas veces hay que perdonar, Jesús supera la mentalidad limitada a una cantidad determinada, por alta que parezca. Al elevar a 70 veces siete indica que hay que perdonar siempre, todo y a todos. Pero además hay que hacerlo “de corazón” (cfr Mt 18, 25) y sin guardar rencor (o sea “sin llevar cuentas del mal ni alimentar ánimos de venganza). El perdón es, por último, condición para ser perdonados (“perdonen y serán perdonados” (cfr. Lc 6,) así enseñó que hay que perdonar para ser perdonado (en el Padre Nuestro).

La “disponibilidad al perdón” es un pilar en que se apoya la paz”, decía Juan Pablo II en la oración con los líderes de las religiones, en Asís, a inicios del 2002.

La comunión (gr. “Koinonia”) conserva en sus variados usos una acepción fundamental. Brota de las realidades poseídas en común por varias personas, sean realidades espirituales o materiales. De hecho, los bienes materiales nunca se encuentran entre cristianos sin los espirituales: Rm 15, 26-27; 2 Co 8,4; 9,13; Ga 6, 6; Flp 4, 15-17.

También la *experiencia de la comunidad facilita y permite la experiencia de la fe*. Tomás dudó no creyó, porque “no estaba con ellos”, los otros discípulos, cuando se les apareció Jesús la primera vez. Si la segunda vez (“estaba con ellos”).

6. Comunión de los santos - Solidaridad de destinos

“La santidad de uno beneficia a los otros mucho más que el daño que su pecado les haya podido causar” (Juan Pablo II, Bula de Convocación del Gran Jubileo del Año 2000 *Incarnationis Misterium* N° 10)

Si leemos en este contexto las meditaciones del P. Kentenich, vemos la gran sintonía con el Papa Juan Pablo II:

“Estoy tan íntimamente ligado a los míos,
que yo y ellos nos sentimos siempre
un solo ser:
de su santidad vivo y me sustento
y, aún, gustoso estoy dispuesto a morir por ellos.

Estoy tan entrañable
y fielmente unido a ellos,
que desde dentro una voz me dice siempre:
En ellos repercuten tu ser y tu vida,

deciden su aflicción o acrecientan su dicha. (HP, 470-471)

Si en el ser y en la vida nos asemejamos a Cristo,
podremos extendernos las manos unos a otros
la santidad de uno favorece a todos
a través de la sangre del Señor” (HP, 489)
Su lucha noble y heroica por la santidad
me significa diariamente un nuevo estímulo;
con ellos quiero luchar
por la palma de la victoria
y entonar cada día
alegres salmos de amor”. (HP, 580)

“El *pecado* mismo no se comprende del todo si es considerado sólo de una manera exclusivamente privada, olvidando que *afecta* inevitablemente a *toda la comunidad* y *hace disminuir su nivel de santidad* “Con mayor razón, la oferta del *perdón expresa un misterio de solidaridad sobrenatural*” (Juan Pablo II en Carta a Sacerdotes, Jueves Santo, 2001, N° 14).

“La esencia de la santidad consiste en el amor al prójimo por amor de Dios” (P. Kentenich, *Soy el Fuego de Dios*, pág. 72).

“Amamos a nuestro hermano a causa de Dios... Si creemos estar encendidos de amor a Dios y no somos cariñosos con los demás, estemos seguros de que ese amor a Dios no ha sido suscitado por el Espíritu Santo (P. Kentenich, *Envía tu Espíritu...* pág. 68)

“Comunión espiritual con el cuerpo místico, y no sólo con el Jesús eucarístico. Porque... ¿de qué me sirve gustar del Jesús eucarístico si después salgo de la Iglesia y no le doy acogida al Cristo místico? Cuanto más íntima sea mi amistad con el Señor, tanto más amable debe ser el trato que dispense a los miembros del Cuerpo místico de Cristo” (P. Kentenich, 1930, *Soy el Fuego de Dios*, pág 59).

7. La comunión en el contexto de algo propio de la Misión de Schoenstatt

En el sentido de la primera meta de Schoenstatt:

7. 1. “El hombre nuevo en una nueva comunidad es un hombre animado de un gran amor

Hemos de estar animados de amor y no de odio. Nunca pasar indiferentes ante el hermano, o demostrarle una cortesía meramente exterior, sino acogerlo en nuestro corazón. Debemos ser personas que aman en una comunidad animada por el amor” (P. Kentenich, *El Verdadero Amor*, pág. 95).

7. 2. Restablecimiento del organismo de vinculaciones naturales y sobrenaturales y su mutua interdependencia.

Organismo de vinculaciones naturales y expresión, camino y garantía de los vínculos del orden sobrenatural.

Amor a Dios en y a través de las causas segundas, especialmente las causas segundas libres, o sea las personas.

El tema de los preámbulos vivenciales, experimentales de la fe.

7. 3. Ser Iglesia en pequeño

Ser anticipación de la Iglesia de los tiempos más nuevos. (CAU)

Aporte a nuevo Orden Social – “Comunidad Nueva”

La nueva Iglesia es la Iglesia donde se da una plenitud de vínculos con el Dios Trino y de los hombres entre sí; es la *Iglesia de la unidad*, donde *cada persona y cada comunidad, cultivando su propia originalidad, llegan a su plenitud y se enriquecen dándose y comunicándose*. “Para que todos sean uno, como tú y yo, Padre, somos uno”. Ese es nuestro ideal.

La Confederación Apostólica Universal, de la cual estamos llamados a ser, anticipación y alma, quiere poner en práctica esta gran meta. Anhelamos una *Iglesia que sea comunidad de comunidades*, unidas por el vínculo del amor, para iluminar el mundo y “saciar la sed de amor que padece ese mundo” (cfr. Hacia el Padre, Cántico al Terruño).

El *Cor unum in Patre, un solo corazón en el Padre*, se realizará así con mayor profundidad y amplitud.

Leemos en la conferencia “*Corazón de la Iglesia*”, del P. Rafael Fernández, con ocasión de los 25 años del 31 de mayo:

Queremos crear una nueva comunidad entre nosotros, en la Iglesia y en el mundo, de acuerdo al principio: no se da una auténtica fraternidad sin paternidad.

La historia nos ha enseñado que solamente en él (el Padre fundador) podremos ser verdaderamente hermanos y extendernos las manos unos a otros. En él, cada uno siente asegurada su originalidad y, a la vez, la necesidad de estrechar vínculos con el otro: instituto con instituto, nación con nación; instituto con laicos, Rama con Rama, del Movimiento. Sin el Padre fundador, esto es imposible.

Podemos formular el principio en forma inversas, pero igualmente válida y decir: *sin verdadera fraternidad es ilusoria la paternidad del Padre fundador*. Si no formamos un cuerpo cohesionado y solidarios, quiere decir que nuestra vinculación al Padre fundador es débil y parcial. (pág. 29)

No basta que cada persona, cada grupo o cada comunidad esté en el Padre. Todos debemos formar una unidad en el Padre fundador, a nivel vital y a nivel de organización. (págs. 17-18).

¿Existe un diálogo fecundo y enriquecedor entre nosotros? Sabemos cómo se

destruyen los matrimonios por falta de diálogo. Eso es valido analógicamente en todos los planos. ¿Cala en lo profundo nuestro dialogo? ¿Nos regalamos, ciertamente guardando cada uno su privacidad y su secreto, aquello que Dios ha hecho nacer entre nosotros? Recordemos cómo toda la Familia se enriqueció con la corriente del *Jardín de María*, que nació en las Hermanas y que el mismo Padre fundador se encargo de darla a conocer. Recordemos también como el P. Kntenich, a su regreso de *Milwaukee*, hizo que se relataran, en la *Semana de Octubre de 1967*, una a una las corrientes de vida que habían surgido en las diversas comunidades.

A partir del diálogo, si queremos realizar el idea! de ser un solo corazón en el P. Kntenich, tenemos que llegar a una *planificación conjunta y a la ejecución coordinada* de lo planificado. Debíamos ser capaces de diseñar una estrategia apostólica conjunta.

Estamos llamados a promover y a ser alma de la Confederación Apostólica Universal ¿Representamos en este momento un ejemplo para la misma?

Sería un error pensar que basta con que cada parte trabaje y planifique por su cuenta. Significaría que aun estamos guiándonos por la Iglesia de las antiguas playas y contradiciendo, de esta manera, nuestro propio ser. Schoenstatt es justamente, según el pensar del Padre fundador, *la primera ala de la Confederación Apostólica Universal*. En verdad, hay una gran exigencia de coordinación y planificación conjunta para nosotros. Cuesta actuar el uno con el otro. Pero el esfuerzo vale la pena y la misión del 31 de Mayo nos da las gracias necesarias para lograrlo. Por esto, seamos consecuentes.

¿Existe planificación conjunta entre las Ramas del Movimiento? El P. Kntenich siempre *defendió* con todas sus fuerzas la *independencia jurídica de las Comunidades* de la Familia. Pero esa independencia jurídica *nunca significó para él un aislamiento o un imperativo de defenderse los unos de los otros*. Al contrario, el P. Kntenich *esperaba la mayor coordinación y complementación*, pero sobre la base de la *voluntad libre, del amor y de la responsabilidad común*” (pág. 32-33).

Por esto nuestro Cristo es el Cristo de la Unidad, de las vinculaciones, que en el reverso lleva inscrito “uno en la sangre”.

“Lo característico entre nosotros es la familiaridad. El cobijamiento en los hermanos; una profunda comunidad” (P. Kntenich, en: *Envía tu Espíritu*, pág. 61).

Por eso hablamos de “*Familia de Schoenstatt*”

“Lo que impulsa a nuestro Movimiento es esa fuerte conciencia de ser comunidad, de pertenencia” ... (P. José Kntenich, “*Coronación de María*, octubre 1946, pág. 34).

Lo que el P. Kntenich llevaba “inscrito en lo más profundo del corazón”, como el mismo confiesa en Dachau, (*Hacia el Padre*, 429) es Schoenstatt, que él describe como “pequeño y noble reino familiar, que desea asemejarse a la Trinidad”. Dirá el *Cántico al Terruño*:

“Tierra cálida y familiar,
donde corazones nobles laten en la intimidad

donde con alegres sacrificios se sobrellevan;
donde cobijándose unos a otros(...)
con ímpetu brotan fuentes de amor
para saciar la sed de amor que padece el mundo” (HP, 600)

donde ojos transparentes irradian calor
y manos bondadosas alivian los dolores (HP, 601)

donde la inclinación a lo bajo
es vencida por la magnanimidad y la nobleza
donde, según la ley fundamental del amor,
la generosidad siempre se impone victoriosa (HP, 602)

donde el amor, como una vara mágica,
transforma con prontitud la tristeza en alegría (HP, 603)

donde el amor une
los corazones y los espíritus (HP, 604)

Nuestro desafío, pues, es “formar” hoy una férrea unidad, fundidos en el amor de Dios (HP, 616): Porque en Cristo Jesús nos ata un estrecho vínculo, estamos profundamente unidos en sus santas llagas (HP, 487).

Nuestro afecto de hermanos debe ser hondo y cálido. “tan estrecho tiene que llegar a ser el vínculo familiar que nos ate a los nuestros (cfr *Hacia el Padre*, 451).

“Los grupos deben ser familias...Todo el Movimiento debe ser una familia” (P. Kentenich 10.06.30. Jornada Pedagógica, en: *Desafío Social*, pág 64)

Por eso cantamos “*Mis hermanos de Schoenstatt*”

7.4. Corriente de alianza fraterna

Es una de las proyecciones de la Alianza de Amor con la Santísima Virgen María.

Debiéramos esforzarnos para que, por el vínculo del amor, se una persona con persona, comunidad con comunidad!

La Alianza de Amor con la Santísima Virgen debe y quiere proyectarse en nuestras filas:

en una alianza de Amor con la Santísima Trinidad,
en una Alianza de Amor del uno con el otro,
en una alianza de Amor con todos los miembros y todas las comunidades de la Iglesia
y, también, en una Alianza de Amor con todos los hombres del mundo” (P. Kentenich, en: *Corazón de la Iglesia*, pág. 56).

Al grupo de jóvenes chilenos, *Sicut Ventus*, le hablaba ya, en los años 50, de una “fusión de corazones entre los miembros” del grupo.

Se trata de “no hablar demasiado del amor o de la Alianza de Amor, sino ¡vivir el amor!” (P. Kentenich, junio 63, en *El Verdadero Amor*, pág. 29).

El verdadero amor es ese impulso que nos hace anhelar la unión interior con un tú personal, humano y divino.

El amor no descansa hasta haber logrado la fusión de corazones, el intercambio y la complementación de corazones, hasta lograr la plenitud de la propia personalidad en la entrega a un tú personal (P. Kentenich, junio 63, en op. cit., pág. 33).

El sentido de nuestra vida: llegar a ser *héroes del amor*: amor a Dios y amor al prójimo. “*Héroe y apóstol* del amor al prójimo. (...) Amamos lo que hay de Dios en el hombre” (P. Kentenich, en: *El Verdadero Amor*, pág. 51).

El acento está en el amor al prójimo, como signo inequívoco del amor a Dios, prueba más segura del amor a Dios (cfr. 1 Jn 4, 20)

“Cada uno tiene la misión de ser una fuente de bendición para los demás. No una fuente de maldición”. (P. Kentenich, en: op. cit. pág. 87).

Con san Pablo concluimos diciendo:

“Mi corazón está abierto de par en par y se dilata de amor por ustedes.
Hay mucho sitio en él para ustedes mientras que en el de ustedes no hay lugar para mí. ¡Páguenme con la misma moneda, dilaten también su corazón! (2ª Cor 6, 11 – 13)

Así entendemos mejor lo que proponía el P. Kentenich, para nuestra meditación y revisión de vida:

“Nuevamente he recibido padre y madre y a muchos hermanos llenos de nobleza; tengo derecho a llevarlos en mi corazón y a establecer mi tienda en el suyo” (P. Kentenich, en: *Hacia el Padre*, 576, “Séquese mi diestra”).

Por esa razón: “Nos mantenemos inseparablemente unidos.... (HP, 586).

“Tan entrelazado estoy con la Familia,
que todo el que la alabe,
a mí debe alabarme,
y aquel que la desprecie,
a mí tendrá que despreciarme;
hasta tal punto han de considerarnos
una sola unidad”. (HP, 581)

O como pedirá San Pablo: “Por encima de todo, procuren el amor, que es el ceñidor de la unidad” (Col 3, 14).

8. La comunidad, la unidad, como garantía de fecundidad

Aplicando a nuestras comunidades, ramas, grupos, diríamos con el P. Kentenich:

“La idea del acercamiento y la unidad de los pueblos, en base al cuidadoso desarrollo de la propia originalidad y de la mutua complementación para el bien del todo. Tal como se dice en la Oración del Círculo internacional, todos debían, a pesar de todas las particularidades, formar una sólida unidad y como reino ideal consagrarse al padre (P. Kentenich, en: Carta a José, 1952, en: “Corazón de la Iglesia” pág. 20)

El refrán popular dice: “la unión hace la fuerza”

Con nuestro Fundador rezamos del final de la oración del Círculo Internacional” (Hacia el Padre, 550-551)

“A pesar de todas las particularidades,
formemos una sólida unidad,
como reino ideal nos consagremos al Padre
y, aunque el odio
enferme a la masa de los pueblos,
rompamos todas las barreras (nacionales)*.

“Acrecienta nuestra pequeña grey
y dale profundidad;(en la unidad)*
úsanos siempre como instrumento tuyo
para cumplir la gran misión que para nosotros imploraste
por voluntad del Padre. Amén.”

Refiriéndose al rezo del Rosario a María, “Reina de la Unidad”, Madre del Cenáculo, donde los Apóstoles “unánimes” imploraron y recibieron el Espíritu Santo, el Papa Juan Pablo II dice que “es también hermoso ampliar el significado simbólico del rosario a nuestra relación recíproca, recordando de ese modo el vínculo de comunión y fraternidad que nos une a todos en Cristo” (Carta Apostólica Rosarium Virginis Mariae, N° 36).

A Ella pedimos con el P. Kentenich:

“Madre, únenos en comunidad santa” pues en la unión familiar es donde su Hijo Jesús suscita una santidad cotidiana fuerte y silenciosa (cfr. Hacia el Padre, estrofas 192 y 194).

Que “el Señor nos haga aumentar y rebosar en amor de unos con otros” (cfr. 1 Tes 3, 12) para “no tener deuda con nadie, a no ser en amarnos los unos a los otros”, como pedía san Pablo (cfr. Rm 13, 8).